LIBROdot.com

EL CAPITÁN MONTOYA

****

JOSÉ ZORRILA

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Indice

- I -
La cruz del olivar

- II -
Aventura inexplicable

****

- I -
La cruz del olivar

Muerta la lumbre solar,
iba la noche cerrando,
y dos jinetes cruzando
a caballo un olivar.
Crujen sus largas espadas
al trotar de los bridones
y vense por los arzones
las pistolas asomadas.
Calados anchos sombreros,
en sendas capas ocultos,
alguien tomara los bultos
lo menos por bandoleros.
Llevan, porque se presuma
cuál de los dos vale más.
Castor con cinta el de atrás,
y el de adelante con pluma.
Llegaron donde el camino
en dos le divide un cerro,
y presta una cruz de hierro
algo al uno de divino.
Y es así, que si los ojos

por el izquierdo se tienden,
sotos se ven que se extienden
enmarañados de abrojos.
Mas vese por la derecha
un convento solitario,
en campo de frutos vario
y de abundante cosecha.
Echóse a tierra el primero,
y al dar la brida al de atrás:
-Aquí -dijo- esperarás.
Y el otro dijo: -Aquí espero.
Y hacia el convento avanzando,
del caballero en la oscura
sombra se fue la figura,
hasta perderse menguando.
Quedó el otro en soledad,
y al pie de la cruz sentado
siguió inmoble y embozado
en la densa oscuridad.
Mugía en las cañas huecas
en son temeroso el viento
rasgándose turbulento
por entre las ramas secas.
Y en los desiguales hoyos,
con las lluvias socavados,
hervían encenagados
sin cauce ya los arroyos.
Ni había una turbia estrella
que el monte alumbrara acaso,
ni alcanzaba a más de un paso,
ciega la vista sin ella.
Ni señal se percibía
de vida en el olivar,
ni más voz que el rebramar
del vendaval que crecía
Y al hierro santo amarrados
ambos caballos estaban,
y allí en silencio aguardaban,
a esperar acostumbrados.
Ni de la áspera maleza,
pisada al agrio rumor,
les volvió su guardador
sólo una vez la cabeza.
Un pie sobre el otro pie,
embozado hasta las cejas,
metido hasta las orejas
el sombrero, se le ve:
Como en entallado busto
de alguno que allí murió,

y allí ponerse mandó
por escarmiento o por susto.
Ni incrédulo faltaría
que, si cerca dél pasara,
medroso se santiguara
dudando lo que sería.
Que a quien suele con la luz
y en compaña blasfemar,
bueno es hacerle pasar
de noche junto a una cruz.
Mas esto se quede aquí;
y volviendo yo a mi cuento,
digo que, dudoso y lento,
gran rato se pasó así.
Y ya se estaba una hora
de espera a expirar cercana,
cuando sonó una campana
de lengua aguda y sonora.
Y aún duraba por el viento
su vibración, cuando el guía
alguien notó que venía
por el lado del convento.
Sacó la faz del embozo
y, oyendo el son más distinto,
echóse la mano al cinto
y, ¿quién va?, el amo y el mozo
preguntaron a la par;
mas, conocidos los sones,
asieron de los bridones
y volvieron a montar.
Y es fama que, menos fiero
el señor con el criado,
dejóle andar a su lado
como digno compañero.
. . . . . .

- II -
Aventura inexplicable

Tras grave asunto, a juzgar
por los que van espoleando,
corren dos hombres cruzando
a caballo un olivar.
No está la noche muy clara;
mas bien se ve al pie de un cerro
una cruz grande de hierro
que dos caminos separa;

y de advertir fácil es,
aun a los ojos peores,
que son dos los corredores,
y los caballos son tres.
Echó pie a tierra el primero,
y, al dar la brida al de atrás,
le dijo: -Aquí esperarás.
Y el otro dijo: -Aquí espero.
Y hacia el convento avanzando
del caballero en la oscura
sombra se fue la figura,
hasta perderse, menguando.
Y aquí, ¡oh mi lector amigo!,
fuerza será que convengas
en que es preciso que vengas
hacia el convento conmigo.
Sigue mi camino, pues,
y, de una verja detrás,
un atrio acaso hallarás
a pocos pasos que des.
Sube tres gradas, si puedes;
da un paso más, y con él
tocarás en el cancel,
donde es fuerza que te quedes.
¿Ves un hombre que embozado,
encorvando la figura,
por la estrecha cerradura
en mirar está ocupado?
Acércate sin temor,
que lo que alcanza por dentro
no hace temible el encuentro
del capitán reñidor.
Tú, lector, preguntarás:
«¿Con que el capitán es ése?»
El mismo, mas que te pese;
pero hazte un poquito atrás.
Porque, levantando el brazo,
empuja a espacio la puerta,
entró, y, dejándola incierta,
sopló el aire y dio un portazo.
Mas veo, lector, que dices,
sin que pueda replicarte,
que esto es, llamándote, darte
con la puerta en las narices,
mas tu impaciencia sosiega;
todo lo presenciarás;
que del poeta a eso y más
el poder mágico llega.
Está el capitán en pie

en medio de la ancha nave,
y a la verdad que no sabe
ni qué pasa ni qué ve.
El templo mira enlutado
con lúgubre terciopelo,
mucha gente haciendo duelo
y un féretro en medio alzado.
Vense en el paño del túmulo
entrelazados blasones
y, a la luz de los blandones,
un cadáver en su túmulo.
Monjes le rezan en coro
tristísimos funerales,
y le alumbran con ciriales
pajes de libreas de oro.
La muchedumbre que asiste,
y que la tumba rodea,
dado que bien no se vea,
se ve que de noble viste,
y parece que, al bajar
el que ha finado a su nicho,
memoria tuvo capricho
de opulencia que dejar.
Y al par que su eterna calma
las oraciones consuman,
mirras y esencias perfuman
la despedida del alma.
Música triste le aduerme,
salmodias le santifican,
e hisopos le purifican
el cuerpo que yace inerme.
Mas aquellas oraciones
y responsorios precisos
llevan de anatema visos
y planta de maldiciones.
A veces son sus compases
hondos, siniestros, horribles,
murmurando incomprensibles
negras e incógnitas frases.
En son lento, ronco y quedo
se hacen oír otras veces,
y entonces aquellas preces
hielan los huesos de miedo.
Otras semejan aullidos
discordes, desesperados,
lamentos de condenados
de los infiernos salidos.
Otras, lejanos rumores
cual de tormentas se escuchan,

o de ejércitos que luchan
los espantosos clamores.
Y siempre siendo los mismos
los sones que se levantan,
responsos a un tiempo cantan
y murmuran exorcismos.
Atónito de la escena
extraña y aterradora
que encuentra tan a deshora
y le asombra y le enajena,
don César, con paso lento,
entre la turba mezclado,
dirigióse a un enlutado
que oraba en aquel momento.
-¿Quién es el muerto, sabéis
-dijo- a quien rezando están?
Y él respondió: -El capitán
Montoya. ¿Le conocéis?
Mudo quedó de sorpresa
don César oyendo tal;
mas no lo tomó tan mal
como tal vez le interesa.
Volvióse la espalda, pues,
diciendo: -Me ha conocido,
y burlárseme ha querido;
mas luego veré quién es.
Siguió la iglesia adelante
y, una capilla al cruzar,
vio un sepulcro preparar,
entre otros varios vacante.
Y a un personaje que halló
de luto, y que parecía
que el trabajo dirigía,
el capitán se acercó.
-¿Para quién abren la hoya?
-le dijo. Y el enlutado
le contestó de contado:
-Para el capitán Montoya.
Mudósele la color
a don César; mas, repuesta
su calma, al de la respuesta
volvió entre risa y furor.
Miróle de arriba abajo,
pero no le conoció;
segunda vez le miró,
pero fue inútil trabajo.
Ni recordó que quizá
le hubiese visto la cara,
ni imaginó que la hallara

tan repugnante jamás.
Que encontró en ella tal gesto
de aterradora hediondez,
que, por no verla otra vez,
dejó caviloso el puesto.
Fuese a otro punto a situar,
diciendo: -¡Ese hombre estremece!
De aquel sepulcro parece
que le acaban de sacar.
Uno tras otro se puso
a contemplar los que vía;
mas a nadie conocía,
de lo que andaba confuso.
Tenían todos las caras
descoloridas y secas,
y dijeran que eran huecas,
a más de antiguas y raras.
Cansado de fiesta tal,
y a impulso de una aprensión,
llegóse a un noble varón
que oraba con un cirial.
Cabe él la rodilla apoya,
y dícele ya con miedo:
-¿Quién es el muerto?, y muy quedo
contestó el otro: -Montoya.
Del catafalco a los pies
llegó entonces decidido,
de aquella duda impelido,
a ver el muerto quién es.
Por los monjes atropella;
trepa al túmulo; la caja
descubre, ase la mortaja,
y él mismo se encuentra en ella.
Miró y remiró, y palpó
con afán hondo y prolijo,
y al fin, consternado, dijo:
-Cielo santo ¿y quién soy yo?

Miró la visión horrenda
una y otra y otra vez.
y nunca más que a sí mismo
en aquel féretro ve.
Aquél es su mismo entierro,
su mismo semblante aquél;
no puede quedarle duda,
su mismo cadáver es.
En vano se tienta, ansioso:
los ojos cierra, por ver
si la ilusión se deshace,

si obra de sus ojos fue.
Ase su doble figura,
la agita, ansiando creer
que es máscara puesta en otro
que se le parece a él.
Vuelve y revuelve el cadáver
y le torna a revolver;
cree que sueña, y se sacude,
porque despertarse cree,
y tiende él triste los ojos
desencajados doquier.
Mas, ¡nuevo prodigio!, mira
a las puertas, y al dintel
ve que despiden el duelo,
de duelo henchidos también,
don Fadrique y doña Diana
que arrastran luto por él.
Baja, les tiende los brazos,
les nombra, cae a sus pies.
-¡Miradme! -les dice, atónito-,
Montoya soy; vedme bien.
Y ellos le miran, estúpidos,
sin poderle conocer,
e inclinando las cabezas,
replican: -Montoya fue.
Entonces, desesperado
con angustia tan cruel,
vase otra vez hacia el muerto,
demandándole quién es.
-¿No hay quién sepa aquí quién soy?
¿No hay a salvarme poder?
Y allá desde el presbiterio,
de las rejas al través,
oyó una voz que decía:
-Sí, te conozco, mi bien.
Abre. ¿Qué tardas? Partamos;
yo soy tu amor, soy tu Inés.
Y los brazos le tendía
la de Alvarado también,
de la reja tentadora
tras el cuádruple cancel.
Mas, viéndola cual espectro
que le persigue a su vez,
gritaba él: -¡Aparta, aparta!,
¿que soy cadáver no ves?
Y apenas palabras tales
pronunció, cuando tras él
vio llegarse aquel fantasma
cuyo gesto de hediondez

le hizo miedo y no le pudo
recordar ni conocer.
Contemplóle de hito en hito;
le asió del brazo después,
y así, con voz espantosa
vio que le dijo: -¡Pardiez!
Tú eres quien cambia conmigo.
A mi sepultura ven.
Y a esta horrorosa sentencia,
ya sin poderse valer,
cayó en el suelo Montoya,
falto de aliento y de pies.

-¿Dónde estoy? ¿Qué es de mi vida?
¿Respiro aún? -exclamó
Montoya, abriendo los ojos,
con desfallecida voz.
-Señor, estáis en mis brazos.
-¿Eres tú, Ginés?
-Yo soy.
-¿Dónde estamos?
-En la cruz.
-¿Del olivar?
-Sí, señor.
-¿No estuve yo en el convento?
Pues ¿quién de allí me sacó?
-Yo fui, señor.
-¡Tú, Ginés!
-Perdonad: temí por vos;
y viendo que el tiempo andaba,
y ni seña ni rumor
esperanza me infundían,
tras vos eché.
-¡Santo Dios!
¿Y llegaste...?
-A la iglesia.
-¿Atraído por el son?
-Señor, no he oído nada.
¿No os lo dije?
-¿Cómo no?
¿Dentro la iglesia no viste
los enlutados en pos
de mi cadáver? Miróle
absorto de admiración
el mozo, y dijo: -Soñamos,
o vos, don César, o yo.
Ni vi ni oí cosa alguna.
-¿Conque es mía esa visión?
¡A mis ojos solamente

horrenda se presentó!
¿No viste conmigo a nadie?
-Os juro a mi salvación
que sólo os hallé tendido
al pie del altar mayor,
y viendo el peligro doble
del sitio y la situación,
ni me detuve a pensar
si estabais herido o no;
cargué con vos, y me vine:
ni oí ni vi más, señor.
Calló Ginés, y don César
a estas palabras quedó
distraído y abismado
en honda meditación.
Mirábale de hito en hito
Ginés, que aterrado vio
de la faz del capitán
la extraña transformación.
Desencajados los ojos,
palidecido el color,
torvo el mirar, parecía,
más que vivo, aparición.
Sentado en el pedestal
de la cruz do él le posó,
inmóvil permanecía
sin fuerza y sin atención,
amarrado a un pensamiento
que bullía en su interior,
y que se vía que todas
las potencias le absorbió,
como quien mira aterrado
negra y horrible visión
que le borra de los ojos
cuanto existe en derredor.
Temeroso el buen criado
por su juicio y su razón
dirigióle atentas frases
con afán consolador.
Mas él ni tornó los ojos
ni a sus voces respondió,
ni agradeció sus cuidados,
que en nada puso atención;
y al cabo de largo trecho,
con repentino vigor
levantándose en silencio,
en su corcel cabalgó.
Hincóle los acicates
y el poderoso bridón,

tras un peligroso brinco,
a todo escape salió.
Santiguóse el buen Ginés,
y en su ruin superstición
dijo: -¿Si tendrá los malos?
Y a escape tras él echó.
Y a poco habla en sepultura humilde,
de la maleza oculta entre las hojas,
una inscripción borrada por los años,
que todo, al fin, sin compasión lo borran.
Único resto de opulenta estirpe,
único fin de la mundana pompa,
montón de polvo en soledad yacía
quien hizo al mundo con su audacia sombra.
Y apenas pueden los avaros ojos
leer en medio de la antigua losa:
«Aquí yace fray Diego de Simancas,
que fue en el siglo el capitán Montoya.»